

LEONARDO SCIASCIA

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN*

RESUMEN: El escritor siciliano, nacido en 1921 y muerto en 1989, se enamoró muy pronto de España leyendo *El Quijote* y a Ortega y Gasset y desde sus primeras obras acuñó la frase “tengo a España en el corazón”. En sus obras Salamanca comienza a ser el ámbito geográfico y vital en el que se movió uno de sus grandes escritores de referencia: Miguel de Unamuno, y tras su huella llegará físicamente a Salamanca en un frío día del 1 de diciembre de 1982. La visita a Salamanca será una confirmación de las ideas previas que tenía sobre ella: la belleza de sus monumentos, la vitalidad de sus calles, el fulgor de su piedra dorada y el tenue recuerdo de don Miguel.

Esa visita se convierte en recuerdo literario y en rememoración histórica en un largo artículo que el 5 de marzo de 1983 se publica en *Il Corriere della Sera* de Milán y que aquí se reproduce íntegro por primera vez. En él Sciascia describe y juzga la que él considera agonía de Unamuno en los días posteriores a su enfrentamiento con los militares el 12 de octubre de 1936 y la hipocresía de la sociedad salmantina que abandonó a Unamuno por miedo o por oportunismo.

ABSTRACT: The Sicilian writer Leonardo Sciascia (1921-1989) fell in love with Spain early on by reading *Don Quixote* and Ortega y Gasset, and as from his early works he coined the phrase “I have Spain in my heart”. In his work, Salamanca becomes the geographical and vital context in which one of the great Spanish writers moved: Miguel de Unamuno. Following his footsteps he arrived physically in Salamanca on a cold 1 December, 1982. The visit to Salamanca was to be a confirmation of the ideas he previously held about it: the beauty of its monuments, the vitality of its streets, the resplendence of its golden stone and the tenuous memory of don Miguel.

This visit was transformed into a literary and historical remembrance in a long article published in Milan's *Il Corriere della Sera* on 5 March, 1983 and which we reproduce here in its entirety for the first time. In it, Sciascia describes and judges what he considers the agony of Unamuno in the days following his confrontation with the military on 12 October, 1936 and the hypocrisy of Salamanca society, which abandoned Unamuno out of either fear or opportunism.

PALABRAS CLAVE: Sciascia, Unamuno, Salamanca, agonía, fascismo, Universidad.

* Universidad de Salamanca.

Leonardo Sciascia nació en 1921 en Racalmuto (Italia), en la provincia siciliana de Agrigento. En 1952 publica su primera obra poética, *La Sicilia, il suo cuore*, colección de líricas ilustradas por el escultor siciliano Emilio Greco. A partir de ese momento comienza su incesante labor de escritor y crítico literario compaginándola con la enseñanza como maestro en su pueblo natal. En 1953 publica *Pirandello e il pirandellismo*, una obra donde también se acerca a Cervantes y que le valió el premio Campiello. Comienza en esta época el reconocimiento de Sciascia como escritor a nivel nacional. Con su obra *Il giorno della civetta* experimenta en el género policíaco y supondrá su éxito también a nivel internacional y la salida al mercado de un gran número de obras –novelas, ensayos, dramas, etc.– como *Gli zii di Sicilia* (1961), *Il Consiglio d'Egitto* (1963), *Morte dell'Inquisitore* (1964), *I mafiusi di la Vicaria* (1972), *Il contesto* (1971), *Todo Modo* (1974), *L'affaire Moro* (1978), *Nero su nero* (1979), *A futura memoria* (1989), etc.

Leonardo Sciascia muere en su casa de Palermo el 20 de noviembre de 1989. La frase “tengo a España en el corazón”, gestada en los años de la adolescencia y repetida a continuación con variantes por Leonardo Sciascia, indica un interés por España y su cultura muy semejante al de algunos de nuestros escritores del 98 en relación con Italia. Nuestro escritor se acercará a la cultura, la historia y la realidad españolas con la actitud de un enamorado y consciente del hecho de que España no es algo extraño para un siciliano, sino que forma parte indeleble de su historia y su modo de ser. Con esta actitud aprende a leer en español, a traducir obras de literatura española, a entrar en relación con escritores hispanos como Borges, Guillén, Montalbán.

El amor se refuerza y se hace duradero con el conocimiento y el de Sciascia por España, iniciado en la lejanía de Racalmuto y Catania, se confirma con los diversos viajes que el escritor realizará a lo largo de su vida a nuestro país.

Cada uno de los viajes se produce con una actitud y un ánimo diverso, según el motivo y los compromisos del escritor. En 1955 realiza un viaje a España, pasando por Lourdes. Volvió a España en tren en 1961 y, posteriormente, en el otoño-invierno de 1982, también en tren, visita varias ciudades españolas: Barcelona, Madrid, Salamanca.

En este último viaje ya es un escritor famoso y no puede moverse libremente, como antes, sino que está obligado a cumplir con muchos compromisos y citas. Y de ello se lamenta el escritor:

Hace treinta años viajaba con mucha libertad y con gran placer; hoy, en la trama de los encuentros y de los compromisos, con poca libertad y mínimo placer. El programa de las cosas que había que ver, preparado antes de la partida o largamente cuidado, era casi siempre vistosamente mutilado o cambiado por los compromisos que surgían uno detrás de otro, imprevistamente.¹

¹ COLLURA, Matteo. *Il maestro di Regalpetra. Vita di Leonardo Sciascia*. Milán: Longanesi, 1996, p. 142.

La crónica de este viaje la realizó el mismo Sciascia, publicando una serie de artículos en los meses de marzo y abril de 1983 en el *Corriere della Sera*, que posteriormente fueron recogidos en un volumen titulado *Ore di Spagna*².

En Madrid consigue liberarse de las citas para visitar una exposición sobre la Inquisición. Recorre La Mancha siguiendo las huellas de uno de sus mitos hispánicos: don Quijote, buscando en el paisaje cualquier explicación de la perennidad de esta figura universal que, a lo largo de los siglos, ha conseguido no sólo ser más real que muchos seres reales, sino que ha dado su impronta al paisaje y a lo que contiene.

Un día frío, el 1 de diciembre de 1982, llegaba Leonardo Sciascia a Salamanca. Venía, como acostumbraban a venir otros muchos escritores y profesores italianos, invitado por el Departamento de Lengua y Literatura Italianas de la Universidad de Salamanca para dar una conferencia y conocer la ciudad.

Para el escritor siciliano, famoso y cortejado por todas las instituciones culturales, esta visita era ambivalente. Por una parte sentía la prevención natural de quien se espera la conferencia rutinaria, las preguntas de siempre por parte de los estudiantes, las entrevistas con los periodistas locales que insistirían –como así fue– en su postura ante la mafia y la política italiana.

Por otra parte, Salamanca era el lugar donde se conservaba la memoria y los paisajes de Miguel de Unamuno, uno de los escritores españoles más amado y leído por él y deseaba, o sentía la obligación, de confrontar sus ideas previas con la realidad del momento.

Así pues, de una actitud un tanto recelosa y silenciosa –puedo asegurarlo porque le acompañé durante toda su visita–, según avanzaba el programa de la visita dejó poco a poco aparte las reticencias y prejuicios, para dar paso al deseo de gustar y de comunicar a los que lo acompañaban o requerían su opinión.

Después de un rápido encuentro en la Hospedería de Anaya con los profesores de Filología Italiana de la Universidad, el primer acto importante de la visita tuvo lugar en el Aula de Unamuno, donde ofreció una conferencia sobre la literatura italiana contemporánea, seguida de un encendido y amplio debate que suscitó su primera reacción positiva. Efectivamente, Sciascia se esperaba lo que sucedía siempre en sus conferencias: se olvidaban los aspectos literarios presentados en la disertación y se le dirigían preguntas esencialmente sobre la mafia y sobre el ambiente político italiano –él era entonces diputado–, siempre tan polémico y tan fascinante para los no italianos. A este prejuicio se unía la incomodidad del aula: “severa, de bancos incómodos”. Sin embargo, los estudiantes salmantinos lo sorprendieron, manifestando principalmente interés por la literatura italiana y por los escritores; cosa que, como es lógico, alabó a un escritor como Leonardo Sciascia, habituado a ser juzgado y buscado más por su compromiso social y político que por el aspecto literario:

Encuentro a los estudiantes de italiano de la Universidad de Salamanca en el aula dedicada a Unamuno y que lleva su nombre. Severa, de bancos incómodos; aunque menos incómodos que los del aula vecina, dedicada a Fray Luis de León que enseñó allí.

2 Marina di Patti: Pungitopo, 1988.



*El escritor siciliano Leonardo Sciascia en su visita
a la Universidad de Salamanca en diciembre de 1982 (Foto Salvador)*

He encontrado a otros estudiantes de italiano en otras universidades españolas. Las preguntas de costumbre sobre la mafia, las brigadas rojas, la política italiana, los escándalos endémicos. En cambio, en Salamanca, hubo más preguntas que se referían a la cultura italiana, a la literatura. Un estudiante me pregunta por la revista "La Ronda". Como si aletease todavía, en esta aula, el espíritu italianizante de don Miguel de Unamuno. Hay, en efecto, y se me regala, un grueso volumen sobre "La cultura italiana en Miguel de Unamuno": de Vicente González Martín, publicado por la Universidad en 1978. Allí están catalogados cuidadosamente los conocimientos que Unamuno tuvo de la literatura italiana clásica y contemporánea suya, las relaciones epistolares y los encuentros con los escritores e hispanistas italianos. Curiosa la frase en una carta al hispanista Beccari que había traducido y presentado la "Vida de don Quijote y Sancho", sobre el juicio que Borgese había dado del libro en un artículo de tres columnas en el "Corriere della Sera": "Quizá tiene razón al decir que Cervantes me habría considerado loco".

Pero con Borgese tuvo también relaciones directas y, en 1917, un encuentro: "He hablado con Borgese, profesor de literatura alemana, que ha sido director del 'Conciliatore' y está hoy en Italia entre los mejores concedores de la literatura española". No se encontró nunca, en cambio, con Pirandello, cuya obra conoció tardíamente; y probablemente a través de Tilgher, crítico al que seguía y admiraba. Y, efectivamente, en julio de 1923, el año en que Tilgher publica los "Estudios sobre el teatro contemporáneo", donde a propósito de "Seis personajes" se hace referencia a la novela "Niebla", Unamuno escribe el artículo "Pirandello y yo". De este artículo procede, en el área hispano-americana, una investigación crítica sobre la relación entre los dos escritores y sobre su raíz cervantina. Pero de estos estudios en Italia no se sabe mucho. Solamente del de Américo Castro sobre Cervantes y Pirandello, alguien ha dado noticia, me parece.

Pero no es solamente en la obra de Unamuno y Pirandello donde se pueden encontrar puntos de semejanza. También sus biografías se asemejan hasta un cierto punto: y precisamente en contradecirse y cambiarse en la adhesión al fascismo por parte de Pirandello, al franquismo por parte de Unamuno. ¿Quién, sin saber nada de la vida de Pirandello y conociendo su obra, conseguiría imaginar una adhesión al fascismo que parece además entusiasta? Hay, sí, una vena de antiparlamentarismo que corre por la obra: pero no es suficiente para explicar la adhesión al fascismo, y especialmente después del delito Matteotti. Todavía menos la obra y la vida de Unamuno explican su acuerdo con la rebelión de los militares contra el legítimo gobierno de la República en el verano de 1936. Dolorosa contradicción en ambos: pero Pirandello se libera de ello –pirandellianamente– con una carcajada: la novela corta "Hay alguno que ríe", publicada en 1934 en el "Corriere"; y Unamuno –unamunianamente– con una desesperada agonía. La agonía: palabra-clave de su mundo, el continuo buscarse y luchar dentro y fuera de sí, pero que hay que entender también como la trabajosa y continua lucha de la vida contra la muerte³.

3 SCIASCIA, Leonardo. "A Salamanca, nell'università di Unamuno". En *Il Corriere della Sera*, Milán, 5-III-1983.

El aula de Unamuno y el Paraninfo de la Universidad fueron el punto de partida de un agitado y rápido paseo tras las huellas de don Miguel en cada lugar de la ciudad: Casa Museo Unamuno, calle de Bordadores, la Plaza Mayor, las librerías y la piedra rosada que Unamuno cantó. Salamanca es ahora realidad y símbolo para Sciascia, actualidad y recuerdo, algo del que forma parte indeleble Miguel de Unamuno, legado indisolublemente a él:

Busco en Salamanca el recuerdo de su agonía. Solamente el monumento, frente a la casa que habitó en los últimos meses, parece decirnos algo: la cabeza dramáticamente encajada entre los hombros, la figura recogida en sí misma como por un hielo de muerte que le asalte por todas las partes. Pocos tienen deseos de recordar a don Miguel, aunque monumento, lápidas, Universidad, fotografías en los escaparates de las librerías lo recuerden. Esta ciudad de piedras de oro donde, como él decía, los estudiantes aprendieron a amar; esta ciudad serena y docta parece haber consumido en la dorada somnolencia el recuerdo de sus últimos meses de vida, el recuerdo de su agonía.

Lo que se consigue recoger no es mucho; pero algo añade a lo que ha contado Thomas en su historia de la guerra civil española.

El 18 de junio (sic) de 1936, a la noticia de que los generales Sanjurjo (sic), Mola y Franco se han pronunciado contra el legítimo gobierno, también la guarnición de Salamanca se subleva y, al encontrar nula resistencia, se adueña de la ciudad. No hay dudas, en la España republicana y democrática, de que Unamuno estará contra la sublevación militar y que en Salamanca esté, desde el momento de la ocupación militar, como un prisionero. Pero los corresponsales de los periódicos extranjeros que corren a Salamanca para entrevistarle o para conocer su suerte, se encuentran frente a un Miguel de Unamuno que declara: "Esta lucha no es una lucha contra la República liberal, es una lucha por la civilización"; y que la civilización estaba en la parte de los generales rebeldes, puesto que el gobierno de Madrid había "hecho vano el sueño de una República liberal y libre, poniendo el poder en mano de los asesinos".

Pero el gobierno fascista comete un error: lo nombra para presidir una comisión de depuración: es decir, que lo pone al frente y lo quiere hacer cómplice de una operación de las más antiliberales que se pueda concebir. Don Miguel toma conciencia de ello, toma conciencia de la realidad que lo circunda, de las masacres, de los fusilamientos. El 12 de octubre, fiesta de la raza en la España fascista, volvió a ser él mismo. Habla según le dicta su corazón, según las ideas de toda su vida. Ha visto en el fascismo la muerte: de la libertad, de la civilización, de la cultura. Habla. Y en nombre de la muerte –"¡viva la muerte!– le responde el general Millán Astray, fundador de la Legión Española. Don Miguel le rebate: "Siento un grito necrófilo e insensato...". En la sala –aula magna de la Universidad– la vociferante protesta se convierte en furor, rabia. Doña Carmen Polo, mujer de Franco, que se

sentaba a la derecha de Unamuno, con presteza lo coge del brazo y lo conduce fuera, entre dos alas de gente que impreca y amenaza. A esa protección, alguien recuerda, don Miguel se asía como un sonámbulo.

Algunos días después (el servilismo y la vileza se habían reforzado suficientemente), no hubo necesidad de un decreto para destituirlo como rector: lo decidieron sus mismos colegas. Don Miguel deja su casa en el rectorado y se traslada a una casa de la calle Bordadores, donde muere el 31 de diciembre. Seis meses –no dudamos de ello– de agonía. Su sentimiento trágico de la vida, su trágico contradecirse, el doloroso juego de las nobles ilusiones y de las devastadoras desilusiones, su quijotismo, habían encontrado el signo más alto. Una crucifixión. Así como, en un dibujo suyo, había visto a “don Quijote de la Mancha, rey de España” crucificado en un árbol.

No es extraño que Sciascia se detenga y recree estos momentos de la vida de Unamuno. A él le interesa, frente a otros intelectuales de su tiempo denigradores del Unamuno cercano a Franco, el momento en el que el intelectual libre se impone y se enfrenta a Millán Astray, defendiendo el valor de la vida y de la inteligencia de la que él se considera el sumo sacerdote. Es ésta la impronta de Unamuno que él busca encontrar en los rincones de Salamanca y es ésta la postura final que permanece de Unamuno y, por eso, nuestro autor no acepta que Pietro Nenni calle en su relato sobre la guerra de España el discurso que Unamuno pronunció en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, porque ese breve discurso “permanece como uno de los más grandes y valientes que los intelectuales españoles hayan hecho nunca contra el fascismo, contra los fascismos”⁴.

Como era natural y lógico, los dos periódicos locales de entonces: *El Adelanto* y *La Gaceta Regional* le hicieron entrevistas que publicaron el día siguiente, aunque, como también era previsible, todas las preguntas giraron en torno a la mafia y la política.

Sé que Sciascia deseaba volver a Salamanca, pero sus ocupaciones primero y la enfermedad después se lo impidieron.

4 SCIASCIA, Leonardo. *Ore di Spagna*, cit., p. 65.